



S E R M O N

DEL ARCÁNGEL

S A N M I G U E L,

predicado en el convento del Angel
de Granada al Illmo. Sr. Arzobispo,
año 1790.

*Consurget Michael Princeps magnus,
qui stat pro filiis populi tui. Dan.
XII. v. 1.*

ILLMO. SEÑOR.

¿Qué propio es de un príncipe del santuario dar culto y veneracion al protector de la iglesia universal! Si los subalternos, por un efecto de gra-

titud, y por honor á la verdad deben celebrar con el debido elogio las acciones ilustres y heróicas de sus xefes; ¿con cuánta mas razon debe V. S. I. promover las glorias y alabanzas de un héroe, de quien tantos efectos de proteccion experimenta, y á quien el Omnipotente ha constituido prefecto de su milicia, su conductor y defensor, promotor infatigable de su honra, é íntimo ministro de sus divinas voluntades? Hablo del Arcángel S. Miguel, este Príncipe grande, como le llama Daniel, colocado por el muy Alto á la frente de su pueblo escogido para su custodia, direccion y defensa: esta máxima y clarísima estrella, segun la frase de S. Pantaleon, que obtiene el primer lugar entre millares de millones de ángeles; este Príncipe de la milicia celestial, como dice S. Sophronio, capitan general de los exércitos de Dios, como le nombra S. Basilio, y el mas eminente y sabio de los ángeles, segun Tertuliano.

Es pues consiguiente que V. S. I., militando baxo tanto xefe, le haga bien conocer á su rebaño, adoptando sus máximas, para defender á este de sus enemigos, y conducirle á Dios en cumplimiento de su pastoral ministerio. Ni será fuera de propósito, que atendiendo yo á tan grandes objetos, manifieste hoy la excelencia de nuestro santo Arcángel, y medios de conseguirla; aquella para venerarla, estos para imitarlos. En dos palabras: Miguel, prefecto de la iglesia universal, objeto de nuestro culto: Miguel, celoso defensor de la honra de Dios, objeto de nuestra imitacion: dos reflexiones breves ordenadas á manifestar su mayor excelencia, y la mas estrecha obligacion de los xefes de la iglesia y de la república. Pidamos las luces del Espíritu Santo por medio de la intercesion de sn augusta Esposa. *Ave María.*

Consurget &c.

Si libres de las prisiones de esta carne mortal y corruptible, cuyo exorbitante peso tanto oprimia á S. Pablo, pudiesemos, Illmo. Señor, elevarnos por un momento, y aproximarnos con un rápido vuelo á revisar y exâminar de cerca la innumerable multitud de adoradores que rodean el trono del Altísimo, cantando día y noche sin cesar sus alabanzas, no nos sería difícil conocer la excelencia de Miguel, y podríamos dar sin duda pronta y adecuada respuesta á la curiosa pregunta de los discípulos de nuestro Salvador, deseosos de saber cuál era el mayor Príncipe del reino de los cielos. Mas sumergidos en lo terreno, y rodeados de las densas tinieblas de la ignorancia, que produjo en nosotros el pecado de orí-

gen, podemos solamente elevar con sumision nuestro espiritu baxo las alas de la fe, y prestar oídos fieles al testimonio y enseñanza de nuestros mayores. Segun ellos, quando el Altísimo manifestó al mundo en idea á su Primogénito, mandó que le adorasen todos sus ángeles. Pero algunos de estos sublimes espíritus, criaturas tan elevadas por su naturaleza, que el menor entre ellos no solo es mayor que el Bautista, este Precursor del Mesías, superior á todos los hijos de las mugeres, sino tambien que el mismo Cristo en quanto Hombre; algunos de estos espíritus, digo, ciega-mente enamorados de su propia excelencia, rehusaron esta adoracion, y embriagados de amor propio y de soberbia, osaron rebelarse contra su Dios y Criador. Lucifer, superior á todos los ángeles, segun algunos padres, y principio de los caminos del Señor, el que primero habia criado, y hecho eminente sobre los demás, co-

mo testifica S. Gregorio; Lucifer, este dragon formidable, que segun el testimonio de S. Juan, enredó con su cola, y atraxo sobre la tierra á la tercera parte de las estrellas ó ángeles para devorar á este Hijo de Dios y de María; Lucifer fue el caudillo de esta rebelion, diciendo en su corazon ingrato segun el testimonio de Isaías: me elevaré sobre los cielos, exáltaré mi solio sobre los astros de Dios, colocaré mi silla sobre el monte del testamento.... subiré sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo.

De aqui, Illmo. Señor, el fomento de aquella cruda guerra que describe S. Juan en su apocalipsi, y el origen de la incomparable exáltacion y excelencia de nuestro santo Arcángel. Miguel, dice este amado evangelista, Miguel y sus ángeles peleaban con el dragon, el dragon y los suyos combatian, haciendo estremecerse las celestes esferas. Combate ver-

daderamente grande, ya se atiende á la excelencia y pericia de los xefes de ejército, ya á la destreza y valor de los combatientes, y á la potestad de Luzbel, incomparable, segun el santo Job, sobre la tierra; ya al infinito número de tropas, respecto del cual son nada las grandes copias de los Tamberlanes, Bayacetos y Xerxes; ya á la calidad de sus armas, á la táctica de su milicia, y al teson de sus ánimos; ya en fin á la nobleza del sitio del combate. Los hombres, Illmo. Señor, militan sobre la tierra, que un dia enmudeció á presencia de las victorias del grande Alexandro; pero á vista de este gran combate, vemos que observan un profundo silencio hasta los mismos cielos.

Prevalece al fin Miguel, este xefe de los exércitos de Dios; pues usando de la humildad y obediencia contra la soberbia y rebelion de sus contrarios, logró desalojarlos del cielo para siempre: y aquel dragon, anti-

gua serpiente, que se llama diablo y satanas, que engaña á todo el mundo, como dice S. Juan, y que poco antes se juzgaba semejante al Altísimo, fue arrojado al abismo, y con él todos sus ángeles. Desde el momento de esta completa victoria y solemne triunfo de Miguel sobre los enemigos de Dios, fue declarado en su nombre prefecto de la iglesia universal. San Juan efectivamente le vió descender del cielo despues de este combate con la llave del abismo, y una gran cadena en sus manos, aprehendiendo en él y ligando al dragon, como lo executó por mil años, para que no engañe al universo. Daniel asimismo le vió como un gran príncipe destinado por Dios á la defensa de su pueblo, que es la iglesia. Los padres de ella le miran como xefe, no solo de la milicia celestial, sino tambien de este pueblo de adquisicion que milita sobre la tierra baxo su tutela y su defensa. La iglesia misma le invoca co-

mo á propósito del paraíso, á quien Dios ha entregado las almas de los santos, á quien ha encargado la defensa de su pueblo, y constituido Príncipe sobre todos los que han de recibirse en el paraíso de la eterna gloria.

¿Qué de pruebas de esta prefectura de Miguel sobre todo el pueblo de Dios no nos proveen las santas escrituras y los anales de la iglesia! Yo te enviaré á mi ángel, dice el Señor á Moyses, hablando de este Príncipe, para que te preceda, te guarde en tus marchas, y te introduzca en la tierra prometida: atiende á su voz, porque he depositado en él mi Nombre. No en vano Isaias le llama ángel del rostro de Dios, porque en efecto representa sus atributos y Magestad. Su gloria, por exemplo, quando se apareció á Moyses rodeado de tanto resplandor, que no podía mirarle el profeta; su justicia, quando en una sola noche degolló á todos los primogé-

nitos de Egipto; su potencia, quando en otra quitó la vida á ciento y ochenta y cinco mil soldados del ejército de los asirios; su dominio, promulgando sobre el monte Sinaí aquellas augustas leyes, que han sido y siempre serán admiracion de los siglos; su bondad, llevando en un momento desde Judea á Babilonia al profeta Habacuc para que proveyese de alimento á Daniel, quando cerró la boca á los leones para que no le dañasen; quando mitigó las llamas del fuego, para que no causasen daño alguno á los niños en el horno; su providencia, conduciendo á los hijos de Israel por el desierto en figura de una columna, ya de nube, ya de fuego, y alimentándolos con maná por espacio de cuarenta años.

Ni ha representado este prefecto de los ejércitos de Dios sus perfecciones esenciales solamente, sino tambien las personales. Al Padre como improductor y origen se atribuye la potestad;

la sabiduría al Hijo, como engendrado por la memoria fecunda del Padre; la bondad al Espíritu Santo, porque pertenece á la voluntad, principio de la espiracion. De todos tres atributos nos ofrece el santo Arcángel monumentos representativos. Del poder, cuando lanzó del cielo á los ángeles rebeldes, cuando arrojó á nuestros primeros padres del paraíso, cuando hizo prevalecer á Gedeon contra Madian, á Josue contra el Amorreo, á Judas Macabeo contra Lisias. De la divina sabiduría, cuando dirigiendo á Adan en su destierro, le enseñó á cultivar la tierra, y demás artes necesarios para subsistir él y su generacion. Mostró asimismo la divina bondad, cuando moviendo las aguas de la piscina, sanaba al primer enfermo que descendia á ellas, y cuando imprimió las llagas á N. P. S. Francisco, siendo conveniente que un serafin del cielo grabára en este serafin de la tierra los caracteres del Verbo Huma-

nado, á quien habia representado tantas veces.

Es pues constante, señores, que Miguel, ministro íntimo de las voluntades del Altísimo, y fiel executor de sus órdenes, es el prefecto que ha destinado para defensor y protector de su iglesia universal, para conductor de sus escogidos, y promotor de su gloria entre sus pueblos. Este es aquel ángel que vió S. Juan baxar del cielo, y poner un pie sobre el mar, y otro sobre la tierra, para denotar el dominio que Dios le concedía sobre estos elementos. Este el que se apareció á Constantino en defensa de los cristianos: este el que dió á S. Mercurio la espada contra los bárbaros: este el que favoreció á Cuniberto contra el perjuro Alahin, y á Alesco rey de Polonia contra los lituanos: este el que favoreció al rey D. Alonso Henriquez contra los moros de Zaragoza: éste, para decirlo de una vez, el enviado de Dios,

segun la expresion de S. Gregorio, cuando es menester obrar alguna cosa de admirable virtud sobre la tierra. Digno por tanto de las aclamaciones, culto y veneracion de los pueblos. Por esto el concilio atrebatense ordena que se celebre la fiesta de S. Miguel con la misma solemnidad que el dia de todos los Santos, para que en él y por él se gane la voluntad á todos los ángeles del cielo, cuyo primado es nuestro Arcángel. Nuestro reino de España con mucha mas estrecha obligacion debe, Illmo. Señor, celebrar las glorias de nuestro Arcángel, y serle fiel devoto, ya por haber abjurado en este dia Recaredo con los próceres de la monarquía la impiedad de Arrio, y abrazado el catolicismo en el concilio III toledano; ya por haberse en él descubierto el primer puerto del Perú; ya por haberse hallado el nombre de Miguel escrito en varias partes de aquel nuevo mundo al tiempo de la conquista; ya por haber arrojado de

la isla del Moro á los demonios, que eran en ella adorados, al tiempo mismo que S. Xavier celebraba la Misa de su fiesta; ya en fin por otros señalados beneficios que ha hecho este gefe de la milicia celestial á la iglesia de España y al estado. Por todo lo cual el reino junto en Cortes en tiempo de Felipe IV ordenó fuese festivo el dia de la aparicion, y que se hiciese en él procesion general, por haberle elegido medianero y protector de estos reinos. Si resta pues en nosotros alguna idea de reconocimiento, algun vestigio de gratitud á tan singulares beneficios, promoved, señores, el culto y veneracion de este prefecto y protector universal de la iglesia, á quien Dios ha confiado tanta elevacion en el cielo y en la tierra en premio del celo que mostró por su honra.

II. Segunda reflexion de este discurso, y complemento de este elogio, que segun su dignidad pedia por ora-

dor á un evangelista, testigo en su apocalipsi de la contienda y triunfo de Miguel, ó un Pablo, que arrebatado por Dios al tercer cielo, penetró arcanos incomprehensibles á nosotros. Yo afecto y sumergido en lo terreno, poco versado en el idioma del cielo, y peregrino en los caminos del Señor, solo me atrevo á decir que el estímulo y fundamento de la elevacion de nuestro Arcángel fue el celo de la honra de Dios.

Sí, Illmo. Señor, el celo, esta passion santa, fruto de la caridad y fomento de ella misma, este ardiente deseo de santidad, que no puede sufrir el reino del pecado, ni mirar con indiferencia las ofensas de un Dios ultrajado de sus criaturas; este celo que procede siempre del amor de Dios, como S. Antonio afirma; este eficaz deseo de la justicia, principio é incentivo de las mas illustres acciones de los héroes del reino de Dios; este celo fue el poderoso estímulo que encen-

dió el espíritu de Miguel contra los enemigos de la gloria de su Señor. *¿Quién como Dios*, exclama lleno todo de fuego del amor divino este gefe de los exércitos del cielo? Como si dixera, ¿quién tan sabio, tan justo, tan suave y benigno? ¿quién como Dios tan rico y liberal en sus dones? ¿Quién tan digno de veneracion como aquel á quien deben alabar los astros de la mañana, la alegría de los hijos de Dios, en cuya presencia todo es como si nada fuese, el Criador universal, á quien debemos nuestra propia excelencia, y á quien deben rendir vasallage y doblar la rodilla los cielos, la tierra y los infernos? ¿Quién como Dios, Infinito, Independiente, Libre, Inmenso, Omnipotente? ¿Quién como Dios, ó qué son sus criaturas para oponerse á su poder irresistible, para inquirir sus arcanos, para reformar sus inviolables decretos? ¿Quién como Dios? ¡ó espíritus rebeldes! ¿Quién puede in-



vestigar los caminos del que marcha sobre las alas de los vientos, del que forma trono de sus mas excelentes criaturas? ¿Quiénes sois de vosotros los consejeros del Altísimo? ¿Ignorais por ventura que el investigador de la Magestad suprema debe ser oprimido por el peso mismo de su gloria? Humillaos pues baxo la mano poderosa de nuestro Dios y Criador.

Con estos ó semejantes conceptos intelectuales, que producía en Miguel el celo de la honra de su Señor, y armado del brazo de la virtud omnipotente, postró en breves instantes la soberbia de Luzbel y sus secuaces, sujetó la rebelion, destruyó á sus enemigos, pacificó los cielos, exáltó la Magestad de su Criador, y vindicó su gloria, dexando un ilustre exemplar de imitacion á todos los superiores de la iglesia y de la república, á quienes Dios se ha dignado hacer participantes del ministerio de Miguel en la defensa de su honra.

Esta es, Illmo. Señor, la primera y mas estrecha obligacion de todo superior, la que debe elevar sus acciones, solidar su mérito, y decidir de su suerte en el terrible juicio. Seguidme sin desmayar por un momento sobre materia de tanto interes. ¿Qué otra cosa que el celo de la honra de Dios ha distinguido siempre á sus mayores amigos y gefes de su pueblo? ¿Quién elevó á Moises á tanta dignidad, quién calmó tantas veces el furor de su Señor contra los israelitas? el celo de la honra de Dios. ¿Quién atraxo la bendicion sobre los levitas que quitaron la vida á los adoradores del becerro en el desierto? el celo de la honra de Dios. ¿Quién estimuló á Elías á castigar los falsos profetas de Baal, las impiedades de Achab y sus cinquagenarios, y quién le distingue del comun de los profetas? el celo de la honra de Dios. ¿De dónde el impulso de Phinees contra el israelita que á presencia del pueblo osó entrar al

lupanar á mezclarse con la madianita, obra tan acepta al Señor, que bastó para calmar su cólera? del celo de la honra de Dios. ¿Quién dió vigor á la espada de Aod contra los Moabitas? el celo de la honra de Dios. ¿Quién estimuló á Matatías, este generoso Macabéo, á quitar la vida al judío idólatra, de donde dimanó la libertad de Israel? el celo de la honra de Dios. ¿Quién inspiró fortaleza á los Ambrosios, Basílios, Crisóstomos, Leones, Fernandos y Luises para sostener la causa de Dios? el celo de su honra.

Como toda potestad viene de Dios, por quien dominan los superiores, en cuyo nombre administran la justicia, y rigen los pñeblos; como no se les ha confiado en vano la autoridad ó espada del Señor, sino para velar como ministros suyos, y darle estrecha cuenta de nuestras almas, deben estos ante todas cosas trabajar á imitación de Miguel por los derechos

inviolables de Dios, celar como él, y defender su honra, sujetar el orgullo y rebellion de sus enemigos, castigar su obstinación y su perfidia, y promover la gloria de su Señor, que siendo celoso por esencia, pide ser imitado de todas sus criaturas, principalmente de las que representan su magestad, su autoridad y poder. Todo lo criado y ordenado sobre la tierra y el cielo tiene íntima relacion con Dios, y todo se debe conformar á la imágen de su Unigénito, Señor de los que dominan, cabeza y exemplar de los predestinados. Asi pues como este primogénito de vivos y de muertos fue devorado de celo cuando vió profanada la casa de su Padre, del mismo modo debe V. S. I. con los demas superiores, tanto eclesiásticos como seculares, mirar como primera obligacion la honra y gloria de su Dios. Este es el primer objeto de toda autoridad sobre la tierra, y el blanco á que deben principalmente di-

dirigirse las miras de los que en nombre de Dios gobiernan y dirigen á su pueblo escogido.

El dragon infernal, aunque lanzado por Miguel al abismo, envidioso de la felicidad humana, cuya naturaleza ve exáltada sobre todo lo criado, da vueltas segun S. Pedro al rededor de nosotros para devorarpos. A este fin emplea todas sus artes y dolos; mueve de tropel todas sus huestes infernales; irrita nuestras mas violentas pasiones; sugiere la sensualidad, el desenfreno, la lascivia; excita la irascible y la concupiscible, la vanidad y el amor propio; forma los ídolos de nuestras pasiones y de las mas viles criaturas; nos solicita, nos engríe, nos atrae, nos arrastra, nos precipita. ¡Ah, cuántas rebaxas no produce en el pueblo cristiano con su astucia! ¡Cuánto no defrauda á la gloria de Dios! ¡Cuántos males públicos no introduce en la república y en el santuario! Nos persigue hasta

el cielo, donde hemos fixado nuestra morada. ¡Infelices de nosotros! ¿quién nos librará de un enemigo tan nocivo é importuno? ó ¿cuál será el remedio de tantos males? el celo de la honra de Dios.

Solo dominando éste en los superiores y gefes puede desterrarse el reino del pecado; porque no hay sacrificio, dice S. Gregorio, tan agradable á Dios como el celo de su honra, y de la salud de las almas; un celo, digo con S. Bernardo, formado por la sabiduría, inflamado por la caridad, confirmado por la constancia. El que hace de sus espíritus ángeles quiere que sus ministros, á imitacion de Miguel su gefe, ardan en el fuego de su celo; que ofrezcan sacrificios como Job por los pecados de sus hijos; que derramen su corazon á presencia del Señor como Moisés y David por el remedio de las calamidades públicas; que sean sus ojos raudales de lágrimas como los del rey

Profeta, á vista de la inobservancia de su ley santa. Son custodios de Israel, que deben siempre velar sobre su pueblo para impedir los asaltos del comun enemigo. Esta es la honorífica y augusta comision que les ha dado Dios sobre la tierra, sobre cuyo desempeño han de sufrir un terrible juicio. Estremeceos, jueces del santuario y de la república, y preparaos á dar cuenta al Príncipe de los pastores. ¿Qué es, os dirá, de mi honra que se os ha encargado? ¿Qué es?... Pero basta. *Non intres in iudicio cum servis tuis, Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens.*

Armaos pues de celo para detener el torrente de los vicios, para corregir la inobservancia de las leyes divinas y humanas, para impedir que cobren fuerza de ley mil abusos detestables, que al paso que desacreditan al santuario, arruinan el estado. El evangelio no prescribe con el tiempo. Su moral siempre es la misma. Las

transgresiones frecuentes de las leyes de Dios y del príncipe no dan autoridad á los crímenes, sino aumentan su malicia. La defensa pues del honor de Dios es el blanco de las vigiliass de los gefes de la iglesia y de la república, y el principal objeto de su celo. Por éste consiguió su elevacion nuestro Arcángel; por él se hizo digno de nuestros elogios, veneracion y culto; por él se hizo acreedor al principado de los ángeles, y á la dignidad de prefecto y protector de la iglesia universal, de cuyo ministerio, ¡ó jueces del santuario y del estado! se ha dignado Dios haceros participantes á honra y gloria suya, y á beneficio de las almas de este pueblo de adquisicion, que ha redimido con la preciosa sangre de su Hijo, y por cuyo desempeño os amenaza un terrible juicio.

A vos, ó santo Arcángel, gefe de los espíritus soberanos, para concluir con palabras de S. Basilio, á vos, ó Príncipe de los exércitos de Dios, y

protector universal de su iglesia, á vos suplicamos con la mas profunda sumision y rendimiento nos defendais en las contiendas y combates del comun enemigo, y nos ampareis en el tremendo juicio. Alcanzad para nuestro amable soberano el celo de Josías, la prudencia de Salomon, la confianza de Josafat, la fortaleza de David, la piedad de Ezequías. Manifestad vuestra proteccion sobre esta iglesia que Dios os ha encomendado. Premiad el celo de nuestro Illmo. prelado, favoreced sus justas intenciones á beneficio de su rebaño. Fomentad finalmente á todos los superiores, para que trabajen con suceso por la honra y gloria de Dios, cuyo adorable nombre sea alabado en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.

SERMON

DE ROGATIVA)

POR EL FELÍZ ÉXITO

DE LAS ARMAS CATÓLICAS

CONTRA LOS ENEMIGOS

DE LA PÁTRIA,

predicado

Á LA HERMANDAD DE NTRA. SRA.

DE LAS ANGUSTIAS

En su templo de Granada á 24 de
Agosto de 1794.

Incipite vobis predicare veritatem quantumcumque nostis, et videte quam necesse sit, ut tales patiamini irrisores, et exactores veritatis plenos falsitatis. S. Aug. in Ps. 136.